

## LA EMANCIPACION: BOLIVAR Y MANUELITA

Por Plutarco Naranjo

El destino los atrajo: a él desde Venezuela y Colombia y a ella, desde Lima. Ambos luchaban, sin conocerse, por el ideal común de la Emancipación de América.

Aquí, en Quito, se conocieron y se amaron por el resto de la vida.

Es común hablar acerca de la independencia de los pueblos americanos del dominio ibérico. ¿Pero, en verdad, nuestros países son libre e independientes?

El gran escritor Juan Montalvo en ese bellísimo y extenso ensayo titulado: "Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana" y en el cual hace uno de los más grandes y elocuentes elogios de Bolívar, sostiene que nuestros héroes lo que conquistaron fue la emancipación de América. El Departamento del Sur, actual República del Ecuador, conquistó su emancipación el 24 de mayo de 1822. Por lo demás como país pequeño y subdesarrollado y quizá hoy más que antes, sigue siendo dependiente de las grandes potencias mundiales.

¿Quién fue Manuelita?

Aunque de padre español, Manuela, desde niña, se vinculó al movimiento emancipador. Su familia materna estuvo estrechamente ligada a los próceres del 10 de agosto y a pesar de su corta edad, doce años, tuvo que sufrir ya las vicisitudes de ese fracasado movimiento y sentir las emociones de la lucha por el ideal libertario.

Manuela, la adolescente, fue una jovencita de espíritu despierto, dueña de una gran personalidad, ajena a las hipocresías de la época. Veía con claridad meridiana la necesidad de luchar por la emancipación de su Patria.

Cuando, por razones familiares, tuvo que establecerse en Lima, adornada como estaba de los dones de una inteligencia extraordinaria, belleza, donaire y fortuna, convierte su casa en un elegante centro de actividad social, pero no precisamente para el disfrute de una vida mundana y licenciosa. Todo lo contrario, Manuelita convierte esa señorial casa, en uno de los principales centro conspirativos. Ella, en persona, organiza reuniones y fiestas -para disfrazar el propósito- en las que participan los patriotas peruanos y sin despertar sospechas de las autoridades del virreinato, adelantan los planes para la independencia del Perú.

La espada de Bolívar, tras las gloriosas batallas de Boyacá y Carabobo, ha sellado, de modo definitivo y para siempre la emancipación de Colombia y Venezuela; Argentina y Chile, gracias a San Martín y O'Higgins son también ya libres. El Perú no lo es, mas bien ha llegado a la ciudad de los virreyes

un batallón realista, de refuerzo, el "Numancia"; enviado desde Bogotá, antes de la batalla de Boyacá. Lima se convierte en la ciudad inexpugnable, en ninguna ciudad se produjo tal concentración de ejércitos. Desde allí los españoles soñaban con la reconquista de los territorios perdidos.

La historia recoge los grandes hechos, los grandes triunfos, como los que ya había conquistado Bolívar o las grandes derrotas como las que sufriera Napoleón en Rusia; pero no es menos cierto que detrás de esas grandes luchas había un mujer inteligente, abnegada y dispuesta a la lucha.

La llegada del batallón Numancia ofrece a Manuelita una oportunidad que no podía perder en su ansia por contribuir a la lucha contra los españoles.

Entre los oficiales del "Numancia" está nada menos que su hermano, el Capitán José María Sáenz, incorporado a las tropas realistas, no por su voluntad, sino por su condición de capitán y de hijo de un español.

Manuelita influye decisivamente en el ánimo de su hermano, quien desde antes se había identificado con la causa de América, para inclinar la vacilante posición de otros oficiales y soldados y convertir al "Numancia", en un batallón de la libertad. Al fin, el "Numancia" desconoce al virrey y sus autoridades y proclama su nueva causa, al tiempo que se anuncia en Lima, la entrada inminente de los ejércitos de San Martín. Cunde el desconcierto en las filas realistas mientras se vigoriza el ánimo y la decisión en las filas de los patriotas. La casa de Manuelita hierva en actividad. Los ejércitos españoles desconocen al virrey, por su debilidad y proclaman uno nuevo, más enérgico y decidido, pero es demasiado tarde. En forma precipitada los ejércitos españoles se ven impedidos a abandonar Lima para organizarse a campo abierto, para dar la batalla en un sitio más propicio para ellos.

San Martín, a la cabeza de sus ejércitos, sin haber tenido necesidad de disparar un solo tiro, menos, comprometerse en una Batalla, entra en triunfo en la ciudad de Lima y es declarado "Protector" del Perú y como a tal se le ha rendido veneración hasta el día de hoy.

San Martín considera justo ofrecer un homenaje y condecorar a los patriotas que se hayan distinguido en la lucha contra los españoles. Entre las mujeres, figura en primer sitio, Manuela Sáenz, así como también su amiga y compañera, la bella guayaquileña, Rosita Campuzano.

Manuela es condecorada por el propia San Martín, con la banda de seda y exaltada como "La Caballeresca del Sol". El Decreto correspondiente dice: "Las patriotas que se hubieran distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú, usarán el distintivo de una banda bicolor, blanco y encarnado, con una medalla de oro con las armas nacionales al anverso y en el reverso, la inscripción: "Al patriotismo de

las más sensibles".

### A LUCHAR EN QUITO

Manuelita era ya personaje de altas consideraciones y respeto, ahora es una patriota consagrada. Esto mismo va a pesar más que antes, en su voluntad para cambiar comodidades, disfrute de la vida y la fortuna, por el azaroso camino de la lucha en favor de una gran causa. Algo inexplicable le impulsa a volver hacia Quito. Quizá, eso que llaman destino y que a veces no es otra cosa que una intuición o una decisión inquebrantable.

A miles de kilómetros de distancia Bolívar siente la misma necesidad, trasladarse, lo antes posible, desde Caracas hacia Quito. Es la misma causa, pero con propósitos concretos diferentes que lleva a éstos dos extraordinarios personajes a encontrarse en la ciudad de Atahualpa.

Guayaquil mientras tanto, el 9 de octubre de 1820 ha proclamado su emancipación, Quito en cambio, ahogado en sangre el 2 de agosto y asesinados sus principales dirigentes, sigue bajo el dominio español.

Manuelita llega a Guayaquil, ya independiente. Los amigos le aconsejan prudencia y no intentar su viaje hacia Quito. Sucre, son sus ejércitos, está ya en marcha en esa misma dirección, quizás a Manuelita le tocaría atravesar el campo mismo de batalla. ¡Qué locura intentar ese viaje! Pero es precisamente lo que busca Manuelita: no le arredran los riesgos, no ha venido en busca de solaz y de tranquilidad, ha venido en plan de lucha, a ayudar a los patriotas. Avanza con premura a Quito: llega a vísperas de la Batalla del Pichincha; colabora con los patriotas y junto a las vituallas les envía también su corazón. Los ejércitos españoles se han atrincherado en la entrada sur, de Quito, tienen posiciones inexpugnables y además una enorme superioridad en hombres y municiones. La batalla será, para ellos, un simple ejercicio militar. Pero frente a esta circunstancia estaba el genio de Antonio José de Sucre y la colaboración que recibe de la población civil que le informa de las posiciones y movimientos de los españoles.

Sucre decide burlar las defensas españolas. En marchas forzadas trepar por las rocosas faldas del Pichincha y avanzar hacia el norte para desde allí sorprender a la retaguardia española.

Hacia el medio día, desde la ciudad, podía contemplarse el movimiento de las tropas patriotas. Los españoles se ven forzados a dejar las posiciones defensivas y al apuro tratar de ascender también ellos hacia el Pichincha. Para Sucre su posición es altamente favorable. El encuentro de las tropas se produce con los patriotas en la parte alta de los cerros mientras los españoles seguían ascendiendo lentamente. Pocas horas necesitó Sucre y sus soldados para cantar victoria. Horas más tarde se produjo la capitulación y el Ecuador quedó libre del dominio Español.

Firmada el acta de rendición de los ejércitos de Aymerich, mientras otros se dedican a celebrar el triunfo, Manuelita recorre las salas del hospital, dando ánimo a los moribundos, ayudando a curar sus heridas a otros. Se inicia entre Manuelita y Sucre una sincera amistad avalada por la recíproca admiración.

### EL ENCUENTRO CON BOLÍVAR

Pocos días después de la batalla de Pichincha, Bolívar, que había derrotado a los ejércitos que se habían atrincherado en Pasto, hace su entrada triunfal en Quito. Manuelita es la encargada de ceñir las sienes del Libertador con una corona de laureles en un acto imaginativo y original. La corona de laureles bajará desde las manos de Manuelita, sostenidas por dos cintas bordadas. Cuando el Libertador, cabalgando un hermoso caballo blanco, entra en la actual plaza de la Independencia, Manuelita, desde su balcón, le ciñe la corona. Luce en su pecho la franja bicolor y la medalla de oro otorgada por San Martín. Por el momento, Bolívar ve en la quiteña sólo a la mujer bella que le deslumbra con su mirada y su sonrisa. Horas más tarde, en un baile y cena triunfales, descubrirá en Manuela, que en eclosión armónica, se reúnen tanto esos dones naturales, cuanto inteligencia cultivada, fuerza de voluntad, fe en un ideal que los identifica, en fin, descubrirá en ella a la mujer digna de su propia grandeza.

Pero Bolívar no ha venido en pos de romance ni de aventuras ligeras, tiene urgencia de llegar a Guayaquil. El más importante puerto de las colonias españolas del lado del Pacífico, ha declarado su emancipación, pero no se ha pronunciado claramente si continuaría unido a Colombia o como corren rumores, podría vincularse al Perú. Por otra parte tiene noticias del viaje de San Martín rumbo a Guayaquil. Además, San Martín ha impartido la orden para que el batallón que envió desde el Perú, bajo el mando del general Santa Cruz, para reforzar las tropas de Sucre, vuelva a Guayaquil y allí espere sus órdenes, que las impartiría al momento de su arribo a dicho puerto.

Bolívar, aunque intuye los propósitos de San Martín, aunque han intercambiado noticias sobre movimientos y batallas de cada uno, no conoce personalmente a San Martín, no sabe a ciencia cierta cómo es él, cómo reacciona ante los problemas que propósitos le llevan a Guayaquil y si está dispuesto a dar la gran batalla para liberar al Perú. Hay alguien que lo conoce muy de cerca: Manuelita. Bolívar suplica a la patriota quiteña que le acompañe a Guayaquil. Ella avanza hasta Babahoyo. Bolívar llega al puerto, con el tiempo estrictamente necesario para conseguir el pronunciamiento de la Junta de Gobierno presidida por José Joaquin de Olmedo. Guayaquil respalda a Colombia y es parte de ella. Cuando San Martín llega a tierra ecuatoriana, la suerte se ha echado ya. Los dos generales se encuentran por primera vez, discuten los más importantes problemas, sobre el futuro de la América Hispánica y llegan a decisiones trascendentales. Con un abrazo, inmortalizado en el bronce, los dos generales se despiden. San

Martín ha cumplido su misión, junto con sus tropas regresará a la Argentina, pero las decepciones, que más tarde sufrirá también Bolívar, le han llevado a una grave determinación: se expatriará con rumbo a Europa en donde morirá solo y casi abandonado.

A Bolívar le ha quedado la responsabilidad de dar las batallas definitivas en el Perú y Bolivia, en donde los ejércitos realistas se encuentran intactos, esperando el momento oportuno para la reconquista de Lima.

Bolívar debe marchar hacia el Perú. Necesita más hombres y vítaulas. Tiene que conseguirlos en el Ecuador y Colombia. ¿Quién puede ayudar en la difícil faena de formar nuevos batallones en tierra equatoriana para luego emprender en la larga marcha hacia el Perú? Allí está Manuelita. Ella, conocedora del medio ambiente, no sólo es la consejera inmediata de Bolívar, es ella misma quien colabora en reunir recursos para armas y vítaulas, la que da aliento a los patriotas para ir a luchar en tierras remotas. Sucre y Manuelita se convierten en los consejeros más capaces y leales del Libertador.

Viene el triunfo de Junín, ese que en oda inmortal ha sido cantado por Olmedo, uno de nuestros más grandes poetas. Viene poco tiempo después, el gran triunfo de Ayacucho. Las dos batallas cuentan entre las más extraordinarias de la historia. ¿Cuánto del triunfo en esas batallas no se debe al valor, a la inteligencia y sobre todo a la abnegación, a la ~~institución~~ de esa maravillosa quiteña, la Manuelita Sáenz?

#### DIAZ AMARGOS

Con la batalla de Ayacucho y la Convención de Bolivia, Bolívar ha saboreando los últimos días de triunfos militares, de vitoryes atronadores, de distinciones y honores. Ahora se ahondan los conflictos políticos de las naciones emancipadas. Ahora comienzan los días más difíciles y amargos, aquellos que requieren mayor presencia de ánimo. Llegan los momentos de los egoísmos de la inquina solapada, de la envidia que no perdona, de los denuestos, del juego bajo de intereses. Sus pocos años de gobierno "itinerante" están colmados de dolor y desconsuelo.

Precisamente en esos momentos más llenos de despecho, de riesgos e incomprendiciones, Manuela es su mejor confidente, su más leal consejera. La única que no abriga menguados propósitos. Ella, cuando la mayoría de los amigos comienza a tomar el camino del alejamiento, es la que está más cerca, la que trabaja sin descanso. Nadie, por un sueldo, habría trabajado con tanto tesón como Manuelita, por salvar la "revolución", por llevar hacia adelante a la Gran Colombia.

Gobernar los pueblos resultó para Bolívar tarea mucho más improba y difícil que derrotar a ejércitos bien formados y más numerosos.

Manuelita la fiel compañera de ideales, de lucha de triunfos y

derrotas, con su intuición femenina y su clarividencia se convertirá ahora en la protectora de Bolívar, en la "Libertadora del Libertador". Varias veces le salvará la vida a riesgo de la propia.

Es cierto, Bolívar y Manuelita se amaron, con ese amor intenso y sublime de los seres superiores. No ~~en~~ los primeros días, que son de asombro y arroabamiento, sino años más tarde, casi al final de la jornada, es que Bolívar, cual adolescente soñador, le escribirá a Manuelita: "A nadie amo; a nadie amaré... El altar que tu habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad, hermosa o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más".

Paradójicamente, si Manuelita sólo hubiese sido la Caballeresca del ~~sol~~ y en su haber se hubiesen inscrito sólo sus tantas actuaciones de valor y de entregamiento a la causa de la independencia, habría tenido, por sí misma, su puesto consagrado en la historia. No habría necesitado figurar como la "Libertadora del Libertador". Pero fue mujer, amó con toda la intensidad de su alma amó hasta el último día de su vida. Todavía no se cumple a cabalidad de su propia profecía (Carta a Juan José Flores): "El tiempo me justificará". Parece que más de un siglo y medio son pocos años para borrar incomprendiciones y prejuicios. Para Bolívar la vida fue corta, para Manuelita, el calvario eterno, calvario que infames detractores se encargaron de prolongarlo más allá de su muerte.